

CAPÍTULO II.

DE VIENA A BUKHAREST.

AL llegar á Viena nada habia determinado aún acerca de la ruta que debiamos seguir mis compañeros y yo: tratábase ahora de atravesar países comunmente poco frecuentados, y en los cuales nuestras observaciones habian de ofrecernos el atractivo de la novedad. Para llegar á Odesa podia emprender la navegacion del Danubio desde Viena hasta Galatz y el Mar Negro, ó bien tomar el camino de tierra que remonta hácia el Norte y llega á Rusia por Lemberg y Brody ó Tchernowitz; mas despues que me dieron en Viena muchos prudentes consejos, me atuve al primer partido. Algunas noticias dignas de crédito me hacian temer los obstáculos que nos aguardaban en la frontera del imperio: y en efecto, cuando han sido muy continuas las llu-

vias en la Rusia meridional, los caminos se ponen casi intransitables, desaparecen las sendas, y los páramos forman una vasta llanura de barro, en donde no queda el menor vestigio de camino: ¡ay entonces del carruaje europeo que quisiera desafiar ese abismo, en el cual apenas consiguen flotar los ligeros *telegos*¹ del país! Por otra parte, nuestra comitiva se componia nada menos que de diez y siete personas, y necesitaba cinco carruajes incluso el carro cubierto en que iba el material de la expedicion. Ese convoy exigia treinta ó cuarenta caballos, y era casi imposible que semejante caravana, y en tales caminos, pudiese marchar durante algunos dias seguidos con la regularidad apetecible. Por estas causas debiamos preferir el buque de vapor que va desde Viena á Galatz, y unánimemente se resolvió que bajaríamos por el Danubio, en lo cual hallábamos mas facilidad y muchas ventajas. Desde luego nos librábamos del fastidio de una separacion inevitable, y ademas, ese género de transporte, utilísimo para la lectura y para trabajos de toda clase, nos permitia dedicarnos de consuno á las observaciones á que ofreciese materia nuestro viaje. Por añadidura, esa ruta del Danubio, recientemente

1 Carruaje ligero, usado en el Norte.

conquistada por el vapor, debia ser interesante para nosotros. El Danubio es, por decirlo así, de invencion moderna; ha ocupado su puesto, honor de que es muy digno, entre los rios viajeros y mercantiles de Europa; y al fin ha venido á merecer una atencion particular de los publicistas. Todas las cartas, tan notables por su estilo como por la erudicion, que el *Diario de los Debates* ha adoptado como suyas, habian espuesto ideas tan justas quanto ingeniosas á propósito de esa comunicacion, cuyo porvenir es de importancia incalculable. Esas cartas escritas en tono algo burlesco, vinieron de molde para arrojarnos á nosotros entre esas dos márgenes, en donde sin duda nos aguardaban algunas observaciones no hechas por el viajero de aquel periódico: porque en efecto, se le habrán escapado algunos pormenores de la vida actual al pasar por esas márgenes, en donde su imaginacion evoca, con tanta facilidad, todos los grandes recuerdos de los Dacios y de Roma, y toda esa poesía de leyendas y de historia con que ha sabido dar vida á su relato. El corresponsal de los *Debates* ha escrito tambien un elocuente discurso de apertura para una de las mas grandes solemnidades de los tiempos modernos, á saber, la union del Oriente con el Occidente por medio del Danubio. Nosotros que veni-

mos tras él, dejaremos á un lado esas brillantes generalidades; y mas modestos, contaremos de qué manera se va verificando poco á poco esa union de dos mundos que ha de juntar el Danubio despues de haberlos separado tan largo tiempo.

Tomamos pasaje en el *Francisco I*, buque de vapor que debia salir de Pesth para Drenkova el dia 5 de Julio. No pudiendo mitigar el ardor de mis camaradas, les permití entregarse á los azares poco arriesgados de la navegacion sobre los barcos chatos que bajan el Danubio desde Viena á Pesth pasando por Presburgo; y en uno de ellos se embarcaron muy alegres dirigidos por Sainson, mientras yo tomé prosaicamente la posta el dia 3 de Julio. De Viena á la frontera de Hungría la distancia es corta, y sin embargo la diferencia entre las hermosas carreteras de Austria y los destrozados caminos de Hungría es inmensa. A primera vista se descubre que esa diferencia es inherente á la índole particular del antiguo gobierno de esa nacion: y que el remedio capaz de curar el mal, no puede aplicarse sino con mucho tacto en un pais en donde los nobles están, en virtud de las leyes fundamentales, exentos de toda especie de tributo. Constituyen la nobleza cuantos pertenecen á la antigua sangre húngara, esto es, los que poseen, y así no debe admi-

rarse que las obras de interes general, corriendo esclusivamente á cargo de las clases pobres, tengan mala ejecucion y queden despues abandonadas á sí mismas. En los últimos tiempos, sin embargo, muchos grandes propietarios, echando á un lado mezquinos intereses, han pensado mejorar semejante estado de cosas; y á la cabeza de esos hombres de alma noble, y de inteligencia esclava del deber, se distingue uno cuyo generoso influjo será grande en el pais que solo desea emprender el camino del progreso; ese hombre es el conde Estéban Szechényi. Por su parte la Dieta, asamblea de nobles que representa un pueblo de nobles, no es la última en obedecer á ese impulso nacional, hoy dia sensible: y algunas resoluciones recientemente promulgadas dejan entrever una loable tendencia á seguir ese movimiento de mejoras materiales, que es hoy la necesidad mas apremiante de la sociedad europea. Debe confesarse que las tentativas hechas por la juiciosa Dieta de Presburgo son claras, precisas, desembarazadas de teorías abstractas, y tienen por objeto único la prosperidad del pais que traerá una éra nueva y bienhechora para la Hungría. Esa asamblea que, á no dudarlo, ha comprendido sus deberes, se halla empeñada por el mismo poder del progreso en reformar paulatinamente las

leyes que imposibilitan todas las mejoras en un pais que reclama su parte de bienestar, á saber: caminos transitables, canales, puentes y ferrocarriles. La primera condicion de esta mejora progresiva, en la cual vemos entrar á la Hungría con prudente y perseverante lentitud, traerá, á no dudarlo, dentro de poco, un reparto mas equitativo de los impuestos. Entonces, y por medio de un convenio leal, cada habitante de ese noble pais, renunciando á privilegios onerosos para todos, aceptará la parte que le quepa en las cargas comunes.

El servicio de postas, en pública competencia, establecido en la Hungría, no nos ha parecido justificar plenamente los grandes elogios que en una moderna obra le tributa un ilustre personaje de Francia. El tener postas los particulares, como acontece en Inglaterra, es visiblemente ventajoso para ellos, pues les ofrece muchos lucros eventuales ademas de los que ya producen los caballos ocupados en las faenas de la agricultura; mas este sistema provechoso para los empresarios, es perjudicial á los viajeros, quienes mas de una vez han de aguardar que el caballo sea separado de la carreta y que el labrador se trasformen en postillon. Para este mal hay el sencillo remedio de tomar caballos del gobierno que no los destina á dos objetos.

Nuestra brevísima permanencia en Presburgo, no nos ha permitido ver sino cuanto está al alcance de todo viandante que gusta de formarse una idea somera de esta capital antigua. Aunque desde 1790 Presburgo ha devuelto á Buda su título, conserva en su recinto la sede del poder legislativo y todo el aparato de las antiguas instituciones de Hungría. Esta proximidad de la acción directora, es naturalmente favorable al Austria, y el gobierno imperial, al paso que ha restituido á Buda el rango de capital, propio de su importancia, mantiene en Presburgo las dos asambleas cuyas deliberaciones resuenan al punto en Viena. Al ver aquel modesto edificio, aquellas salas que no pertenecen á estilo alguno, ni tienen el menor carácter de grandeza, y cuyos adornos son inmensos bancos de madera llenos de recientes manchas de tinta, parece que uno se halla en el aula de cualquier colegio. Tan absoluta falta de etiqueta podría hacer pensar que hay un chocante contraste entre la miserable apariencia de esa cámara política, y la pompa de costumbres, sables, espuelas y prerogativas de que se reviste la nobleza; podría creerse que esa exagerada sencillez fuese una señal de indiferencia ó de desprecio hácia el santuario de las leyes; pero es muy fácil justificar que bajo esa sencillez un poco

brutal, y entre esos legisladores tan mal hospedados, se descubre un profundo conocimiento de su cargo, por lo cual el respeto á la ley que se respira en aquel recinto viste ricamente la desnudez del mismo.

Aun para apresurados viajeros es Presburgo una ciudad que debe dejar su recuerdo. Agradablemente situada en la margen izquierda del Danubio, tiene delante en la ribera opuesta grandes masas de verdura que sombrean paseos muy frecuentados y dignos de que se atravesase el rio para reconocerlos. La ciudad está dominada por un castillo de que hoy quedan solo ruinas, pero cuya situación es tan á propósito, que cuenta pocas rivales en Europa. Hay también en la población algunos monumentos dignos de nota, y todos los institutos públicos que corresponden á una ciudad régia y por largo tiempo floreciente.

Pasado el medio día del 4 de Julio llegamos á Ofen, ó mas bien á Buda, ciudad húngara por excelencia, y que desde lo alto de su roca ve escalonarse sus cuatro grandes arrabales que bajan hasta el Danubio, mientras en el otro lado del rio Pesth despliega toda su grandeza y todo su lujo de ciudad moderna y ya enriquecida. El imponente aspecto de Buda anuncia que es la representante de

aquella histórica Hungría por tanto tiempo dichosa, fuerte é independiente. En tiempo de los romanos se llamaba *Sicambria*, y la tradicion supone que debe su actual nombre á la memoria de un hermano de Atila que llevaba el mismo. La ciudad ha quedado en pié para narrar toda esa magnífica historia de Hungría, que comienza en la conquista de Arpad, ve entronizarse en el siglo undécimo la dinastía de Estéban, se continúa durante los veintitres reyes de la misma y durante los soberanos de la rama de Aujon hasta Vladislao II que reunió las leyes en un código, y acaba en Luis II, cuya muerte acontecida en Mohacs en el año 1586, arrastró consigo la caída de la antigua monarquía húngara. Arrancada Buda á sus legítimos príncipes y sometida durante mas de siglo y medio al poder de los turcos, ha conservado á su pesar los vestigios de ese violento dominio, como lo atestiguan sus baños orientales y sus campanarios de metal, que son casi minaretes. Mas apenas fueron espulsados esos vencedores feroces, y á despecho de la mezcla del culto griego, todos los hombres ilustres de la religion y de la monarquía y conservadores del amor patrio se reunieron para borrar el ultraje hecho á esos muros sagrados. Buda conserva entre sus tesoros la corona de S. Estéban, su globo imperial y

su cetro; es sede y residencia del palatino del reino, y de los altos dignatarios eclesiásticos; y desde que la Hungría, por largo tiempo dividida, reconoció los derechos hereditarios de la casa de Austria, ha recobrado su merecido título de reina y capital.

Hay pocas situaciones tan notables como las de las dos ciudades de Buda y Pesth separadas por un rio tan ancho como el Danubio, pero que realmente forman una ciudad sola. Pesth es poblacion de sesenta mil habitantes, hay en ella mucho ruido y movimiento: es la ciudad activa, inquieta, laboriosa, que produce mas de lo que consume, y cuyas calles magníficas y anchos malecones, hechos á propósito para un comercio que crece cada dia, ostentan en ambos costados edificios de buen gusto.

Apenas habia tenido tiempo de visitar algunas calles de los cuarteles mas notables, y los monumentos cuyo exterior llama la atencion, cuando me noticiaron la llegada de los compañeros que para trasladarse á Pesth habian elegido el pintoresco viaje del Danubio. Venian contentísimos de los tres dias de navegacion, cuyo relato me hicieron al instante, y á fin de no anticipar cosa alguna acerca de nuestras observaciones ulteriores, recogidas ahora y espuestas en comun, continuó aquí sus notas, en

las cuales esos caballeros hablan en nombre colectivo y segun su modo de ver las cosas.

“El dia 2 de Julio, despues de haber recibido vuestras instrucciones acerca de nuestra próxima reunion, nos juntamos en la márgen del Danubio y en el lugar fijado por el barquero que debia conducirnos hasta Presburgo. Desde ese dia comenzaba nuestra salida á campaña, por lo cual todos nos pusimos el sencillo y uniforme traje que habiamos adoptado, y que hemos seguido llevando. Nos embarcamos en un gran buque, en el que, segun su promesa, nos habia arreglado el patron un local bastante regular y conveniente. El barco merece ser descrito en pocas palabras, porque á corta diferencia es el tipo casi invariable de cuantos se encuentran en el Danubio desde Viena muy cerca de su embocadura. Por lo comun esos buques son de grandes dimensiones, están contruidos groseramente, y tienen en casi toda su longitud una cabaña de siete á ocho piés de elevacion cubierta por un techo inclinado, lo cual le dá la apariencia de una casa. Allí está el almacen que contiene todo el cargamento, y hasta los viajeros pueden encontrar en él un abrigo, mientras sean capaces de sufrir las mezcladas emanaciones de los géneros allí colocados. La popa y la proa del buque se asemejan mu-

cho en su forma levantada; y el timon, atado á la popa con cuerdas de corteza de árbol, es puestó en movimiento por uno ó muchos hombres, que manejan la caña desde una plataforma para ese objeto dispuesta sobre el techo. Esa especie de queseras flotantes, hechas de madera blanca, bajan en crecido número por el Danubio, mas no lo remontan sino con mucho trabajo y echando mano de medios mas pintorescos que ingeniosos, de que hablaremos en otra parte.

“El patron del barco nos consideraba como viajeros de importancia, seguramente por haberle satisfecho sin regatear el módico pasaje que nos habia pedido, y reservó para los señores mineros (como nos llamaba, sin duda por nuestras gorras armadas de dos martillos en cruz) los honores del castillo de popa, encima del cual estaba elegantemente dispuesta una vela vieja. Nuestros baules, colocados como un canapé daban la vuelta á aquel salon improvisado, y á fin de precavernos de toda comunicacion importuna se habia clavado la puerta de la cabaña, en donde los pasajeros que pagaban menos se alojaron confundidos con grandes trozos de sebo y con algunos rollos de cuero, cuyo mal olor trascendia á traves de las cerraduras. La mayor parte de los viajeros eran industriosos israelitas que

se trasladaban á Presburgo para asuntos de comercio. En el momento de embarcarnos se nos presentó un nuevo camarada á quien nos apresuramos á conceder una hospitalidad solicitada con finura, y supimos despues que era un capitán de pontoneros que acompañado de dos lindas hijas se trasladaba á alguna distancia de Viena.

“Bien luego dejamos atrás la ciudad, los arrabales mezclados con jardines y la majestuosa verdura del Prater. Al salir de Viena se nos acercó una barquilla en que iban algunos hombres encargados de examinar nuestros pasaportes. El oficial, que cumplió prontamente con esta formalidad, nos devolvió los papeles, deseándonos con mucha política un buen viaje. Aunque este rasgo de cortesía es cosa muy comun, nos admiró, sin embargo, por lo poco usada en semejantes casos, pues raras veces se ve en las relaciones de policía que el examinador y el examinado se pongan buen gesto y se separen contentos uno de otro.

“Mas abajo de Viena, el Danubio se divide en una multitud de brazos, separados entre sí por islas bastante estensas, uniformemente cubiertas de prados y de una vegetación jóven y lozana. La corriente nos arrastraba con prisa y muy luego no vimos sino las puntas de los grandes edificios de la ciu-

dad, y la magnífica águila de San Estéban, que esbelta y brillante se destacaba en el azul oscuro de aquella larga cortina de montañas que separan el Austria del reino de Bohemia.

“Semejante viaje era un paseo encantador. Comenzado en las dulces horas de la madrugada, debía prolongarse sobre las bellas y verdosas aguas del Danubio, por las cuales nos deslizábamos con grande rapidez, doblando á derecha é izquierda una porción de islas pobladas de sauces. De cuando en cuando aparecía alguna linda aldea, alguna casa de campo, y se ocultaba al momento tras las puntas cubiertas de árboles que parecían correr y detener incesantemente detras de nosotros el tortuoso lecho del rio. Durante algun tiempo navegamos por ese laberinto de aguas y de verduras. ¿Y qué otro modo de viajar podría desearse mas hermoso? Anda uno velozmente, y mientras tanto la imaginación reposa sobre todos los objetos que á uno le rodean: singular alianza de la quietud y del movimiento.

“El compañero capitán respetó nuestra muda contemplación, mientras que el Danubio, estrechado entre las islas, nos permitía seguir de cerca las tortuosidades de la márgen derecha; mas apenas hubimos entrado en un canal vasto, cuando arries-